

CAPITULO XXI.

Realización de los presagios.—El fin de la Edad-Media es el fin de la Edad antigua americana.—La Reina Católica.—Cristóbal Colon.—El descubrimiento del Nuevo-Mundo.—Antes de ser Yucatan descubierto, los yucatecos salen y descubren á Colon.—Desvíanle de Yucatan.—Grandeza característica de la historia maya.—Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero.—El descubrimiento y la conquista.—Conclusion.

Sea lo que quiera de la historia particular de los Profetas yucatecos, la verdad es que la nacion maya tuvo presagios respecto del gran acontecimiento que de una manera tan directa iba á influir en su constitucion social, y que aquellos presagios pronto surgieron tornándose en realidades. Había llegado para el Antiguo Mundo el fin de la Edad-Media, y para el Nuevo el término de su historia antigua. El orbe entero, toda la sociedad humana se hallaba, pues, como en los solemnes instantes de un gran alumbramiento. Érase el fin del Siglo XV y terminaba con él, de la manera más venturosa para las armas castellanas, la guerra de setecientos años que por la fe y la civilizacion y la libertad de toda Europa, habían tan gloriosamente sostenido. Nueva Judit, D^a Isabel de Castilla, la inmortal Reina Católica, la digna soberana del Gran Capitán y de tantos otros ilustres caudillos y grandes héroes á quienes

ella había inspirado con su gran valor, su excelso genio y extraordinario saber, había vencido á Boabdil Rey moro, había entrado en la morisca Granada, revestida con la aureola del más espléndido triunfo; y, despues de instalarse en el magnífico alcázar de la Alhambra, allí como en el lugar más á propósito y mientras que era objeto de la contemplacion de todos los Reyes y de todos los pueblos del mundo, y cuando era condecorada con el dictado de santa y heroica, recibe al noble genovés; al inmortal Cristóbal Colon, al futuro descubridor de aquella parte del mundo con que los reinos de Castilla iban á contar entre sus posesiones á todo un hemisferio.

Era el primer mes del año del Señor, 1434, y cuando aun no se había cerrado ese año, ya la obra gigantesca del célebre marino, sólo por Isabel comprendida y auxiliada, la obra, decimos, del descubrimiento de esta América se había consumado.

Siglo de prodigios como ha sido justamente llamado aquel siglo, que tan dignamente cerraba la noble y clásica historia de la Edad-Media, por aquel mismo tiempo, el cielo castigaba á los indignos sucesores de Constantino el Grande, permitiendo que su profanado trono fuese destruido por aquellos mismos musulmanes, cuya raza expulsaban los católicos españoles de su noble suelo; á la vez que el genio de

Guttemberg dotaba al mundo con la imprenta y el de Gama descubría el camino de las Indias Orientales.

El descubridor del Nuevo-Mundo tomó posesion de las Antillas y de otras Islas que fueron las primeras descubiertas por él en los tres primeros viajes que dió, y como éstas se encuentran próximas á la tierra firme que empieza con la Península de Yucatan por esta parte, aun ántes que ésta viniera á ser descubierta, ya en ella se recibían frecuentes noticias de aquel suceso, que llamando estaba tan justamente la atencion del uno y otro mundo que acababan de reconocerse entre sí.

Un día, sobre todo, cuando apenas se contaba el segundo año del Siglo XVI, los yucatecos vieron con indiferencia, por lo ordinario del caso, que salieran de sus puertos para el mar de las Antillas unos compatriotas mercaderes en una canoa tan grande como una galera europea. Era de ocho piés de largo, estaba entoldada con tejidos de estera de palma, á fin de que ni el sol, ni la lluvia, ni el agua del mar pudiese causar molestia alguna. Llevaba por carga mantas de algodón, blancas y de colores; ropa hecha para ambos sexos al estilo del país; licores, maíz, raíces alimenticias, frutas, armas como espadas de madera con un canal en ambos filos en que se aseguraban pedernales cortantes con betun y ligaduras; cascabeles, cacao,

crisoles, vajilla de barro y otras muchas mercancías. Iban en ella veinticinco hombres, sin contar con algunas mujeres y niños. ¹

Peró cuando esta canoa, verdadera embarcacion de nota, regresó, despues de algunos días, del rumbo de Cuba y Jamaica, fueron tales y tan graves las noticias que los mercaderes indígenas trajeron, que numerosas muchedumbres no solo del pueblo sino de la sociedad principal les asediaban para escuchar con avidez sus interesantes relatos. El regreso de la canoa era para Yucatan lo que para España había sido el de la nave de Colon despues de haber hecho el descubrimiento de la América; porque á la distancia como de unas treinta leguas de esta tierra, los mayas, por su parte, en aquella canoa, habían descubierto, por decirlo así, al Antiguo-Mundo, Nuevo para ellos, encontrándose con cuatro navíos de todo punto desconocidos y extraños. ¿Qué navíos eran aquéllos, y quién era su jefe? Eran navíos europeos, y tenían por jefe nada ménos que al mismo Almirante D. Cristóbal Colon, que con aquel viaje era el cuarto que daba á estas regiones, ansioso de descubrir por sí todo lo posible en la dilatada extension del continente con que había duplicado el orbe antes conocido. Por su parte, los indios de la canoa revelaron en presencia

¹ Herrera. Década I, Lib. V, Cap. V.

de Colon ¹ y de sus compañeros, así por los objetos de sus negociaciones mercantiles, como por el hecho mismo del comercio ultramarino que practicaban; por el pudor de sus mujeres; por su impavidez á vista de los hombres y de los buques españoles; por su traje y semblante, y en fin, por sus maneras y circunstancias todas, que correspondían á una sociedad incomparablemente de mucho mejor condicion ² que todas las tribus hasta entónces conocidas en las Islas de Cuba, Santo Domingo y otras: persuadiéndose desde luego los europeos de que existía en América una civilizacion propia y especial. Tomóles el Almirante parte de sus mercancías en cambio de otras que él les dió; y dejándolos regresar en paz, sólo se quedó con uno de los indios, el más grave y autorizado que le pareció y de más edad, para que le sirviese de guía, ofreciendo facilitarle el regreso á su país y el premio de sus servicios, como lo cumplió.

La canoa de comercio fué en aquella memorable ocasion para la patria yucateca no solo la descubridora de un mundo nuevo, sino tambien, lo mismo que si fuese una poderosa armada que regresase triunfante á las nacionales

1 Herrera. *Op. loc. cit.*

2 Humboldt. *Ensayo político sobre la Nueva-España.* Lib. III, Cap. VIII antes citado.

playas. Porque comprendiendo sus avisados conductores, que la proximidad de Colon á Yucatan con cuatro navíos, era una terrible amenaza para la independencia nacional y para el culto de los dioses; y comprendiendo además que el objeto de aquellos extranjeros era buscar las tierras más fértiles y más ricas en minas de oro y plata, unánimes todos, sin exceptuar ni al que se quedó para servir de guía, segun refiere D. Antonio de Herrera, les dijeron que hácia el poniente no había nada de lo que podían desear, pero que sí hácia el Sureste donde encontrarían países con tanto oro que corría por el suelo como las piedras comunes y menos apreciadas. Con cuya estrategia engañados, Cristóbal Colon y sus compañeros, se desviaron y alejaron de Yucatan, quedándose por entónces sin descubrir el país de los mayas, de que tan cerca se hallaban, y que hubiera abierto, como sucedió hasta quince años despues (1502—1517), las puertas del fecundo y rico suelo de Anáhuac.

Tales eran las noticias que la tripulacion de la canoa refería, exhibiendo además los objetos europeos recibidos de Colon, y por eso era que todos querían escucharlas por sí mismos y ver con sus propios ojos aquellas prendas. Por de contado, que estas mismas noticias corrieron en toda la Península y las Islas adyacentes, ocasionando la más extraordinaria sensacion.

¡Qué grato es así, encontrar en el estudio de la historia, para digna conclusion y remate de la antigua especial del pueblo yucateco, que el descubrimiento de éste, en manera alguna se parece al de las tribus salvajes, que, de súbito sorprendidas caían postradas á los piés del hombre civilizado blanco, tomándole por un dios que del cielo bajaba, y que si se les aparecía cabalgando sobre un corcel, tomábanle por un mónstruo mitad hombre y mitad bestia! Hombreado el maya en cuanto cabía con el poderoso europeo, y conduciéndose de modo que hasta llega á colocarse frente á frente con él, cada uno en su propia y peculiar embarcación, resulta que van á descubrirse mutuamente sobre las aguas del mar, y allá como en teatro igual y digno, se conocen y tratan, se penetran con igual fuerza de inteligencia, se cambian las prendas de su respectiva civilizacion é industria, y aun llega á triunfar con su ingénio el débil yucateco sobre el fuerte español, alejándole de la patria y consiguiendo retardar por más de tres lustros la guerra del descubrimiento y de la conquista, aunque retardando también la redencion del pueblo oprimido por los domésticos tiranos, pues hasta 1517 y 1519 no hubieron de aparecer en las playas de la Península los capitanes Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, el famoso Hernan Cortés y el futuro conquistador

de la misma Península D. Francisco de Montejo.

Y si bien es cierto que la modesta canoa de los mayas no había salido con el designio de hacer ningun célebre descubrimiento, (que es gloria exclusiva de Colon haberse echado el primero y el único á las aguas del Oceano en busca de una vía desconocida), ¿desmerecerá por eso aquélla en la historia, cuando tantas celebradas invenciones y portentosos descubrimientos se han debido tambien como á la casualidad, pero siempre en las lucubraciones y los constantes trabajos de hombres raros, y por lo mismo siempre estimados y justamente alabados? ¿Dejará de ser una verdad, que los mayas, antes de ser descubiertos, fueron á descubrir al descubridor del Nuevo-Mundo?

El pueblo maya ha sido un pueblo grande y noble, un pueblo raro, un pueblo cuya historia es como se ve, una grande historia.

Unos rasgos más, y habremos concluido nuestra obra.

La mano de Dios condujo de tal suerte las cosas, que antes que la Península de España subyugara á la de Yucatan, ésta tuvo por esclavos á unos nacionales de aquélla por espacio de nueve años; porque preludio fué tambien del descubrimiento y de la conquista el naufragio de Gerónimo de Aguilar con Gonzalo Guerrero y otros compañeros en los Alacra-

nes, hácia las costas orientales de esta Península el año de 1511. Sacrificados en parte estos últimos en las aras de los dioses, y aun devorados por fieros Caciques y Nacones, que ya sabían el predominio de los europeos en las Antillas, y muertos otros por causa de enfermedades, salváronse los dos primeros como por un milagro, y hubieron de lograr internarse más en el país, hasta encontrar en su fuga, señores más humanos y cultos, enemigos además de los primeros con quienes habían tenido la desgracia de encontrarse en las costas del Oriente, donde tanto había influido la barbarie de los caníbales vecinos; y entónces, si bien los esclavizaron, tratáronlos con gran humanidad, utilizando sus servicios y su industria europea, amándoles en fin, y distinguiéndoles á tal grado, que el uno, Gonzalo Guerrero, casado con una india noble y principal en la provincia de Chetamal, prefirió adoptar por su patria ésta de su esposa y de sus hijos, y embebiéndose por completo en la raza indígena, no se tuvo más noticia de él, segun dicen los historiadores Landa, Herrera y Cogolludo. En cuanto á Gerónimo de Aguilar, que fiel á sus votos de clérigo diácono, nunca quiso desposarse como tanto le instaba su amo, que le quería como á su mejor amigo y consejero; cuyas grandes virtudes, principalmente la de la castidad, fueron en él tan respetadas despues de habersele sujetado á prue-

bas, y cuya religion, en fin, jamás le fué coartada, hubo de salir libre cuando Hernan Cortés pasó en 1519, para la conquista de México.

Por todo esto, los mayas conocían perfectamente á los castellanos, ántes de que éstos, en el dicho año de 1517, se presentaran como descubridores, y á quienes aquéllos, apuntándoles el Oriente, dijeron al verlos llegar:—“*Castilan, Castilan*, esto es, vosotros venis por donde nace el sol, vosotros venís de Castilla.”

A pesar de esto, como los españoles venían á encontrar á los yucatecos muchos años después de perdida la unidad y grandeza de su Imperio, y cuando un sistema de inmensa tiranía con los horrores de una civil y bárbara discordia, eran los elementos que imperaban en todos los pequeños reinos que habían sucedido á la antigua monarquía, la sociedad entera estaba marcada con el estigma de la esclavitud y de la decadencia en todos sentidos: las menguadas masas de la poblacion se encontraban en estado de triste ignorancia y de creciente barbarie respecto de sus gloriosas épocas pasadas, y ya no sabían qué contestar, cuando se les interrogaba sobre los prodigiosos monumentos de su propia historia, á cuya misteriosa sombra arrastraban con ignominia las cadenas de su triste cautiverio.

Mas el fuego del amor patrio, la muchedumbre de habitantes y el marcado carácter belicoso que les distinguía, junto con un gran valor

y un sufrimiento firme y estoico, suplieron en parte lo que no podía hacer la union que faltaba. Así fué como el pueblo maya supo aprovecharse, en cuanto le era posible, de todas las circunstancias que podían retardar, y retardaron en efecto, el triunfo de la conquista española, de modo que aun cuando Montejo fomentaba la discordia intestina de este pueblo, á fin de poderle vencer, de 1617 que tuvo lugar el descubrimiento y se dió la primera accion, á 1541 que vino á librarse la grande y decisiva batalla del memorable 11 de Junio, que consumó la obra de la conquista, se cuenta un cuarto de siglo. ¡Un cuarto de siglo empleado en la heroica resistencia de los dignos hijos de este heroico suelo, y en la admirable constancia y valor de los invasores! Si la raza conquistadora fué digna de sí misma y de su obra, la conquistada en verdad no lo fué ménos, rindiéndose con honra al pueblo entónces más grande y poderoso de la tierra, porque el Siglo XVI es el Siglo de Oro de la siempre ilustre nacion española.

Hemos por fin concluído, gracias al Señor, esta tarea ha muchos años emprendida.

Parécenos haber terminado felizmente un dilatado viaje, en que, partiendo de la patria, por la patria peregrinamos y á la patria misma vol-

vemos, trayendo para ella todo nuestro tesoro, todo nuestro caudal.

Tenemos sin duda un buen derecho á toda al indulgencia que de propios y extraños necesitamos, porque hemos peregrinado por donde nadie lo habia hecho, abriendo por nosotros el sendero en que habíamos de fijar la planta, si bien nos lisonjemos de dejar trazado y fijado éste, porque ni un sólo paso hemos querido dar sin las competentes autoridades históricas, las demostraciones correspondientes, y las pruebas que son tan necesarias para una empresa como la que hemos tenido el atrevimiento de abordar.

Sólo aquello que apareciere fuera de datos y de documentos, fuera de manuscritos y de legales tradiciones, ó fuera, por último, de la verdad histórica conocida, sólo eso es de nuestras propias ó ajenas teorías, ó de principios especiales, ó de simples opiniones más ó ménos fundadas, y hasta erróneas tal vez, y en que por consiguiente cada lector es libre para pensar como nosotros ó no, sin lastimarnos en nada el poco ó ningun aprecio que de ello se hiciese. Pero la obra en su fondo, de entresacar la verdad deseada, de informes hacinamientos y confusos materiales; de descubrir, estudiar y comparar documentos raros é inéditos para extraer como de un caos la historia antigua de nuestro país, para reconstruirla verdaderamen-

te, esa es nuestra obra, esa la ofrenda que en nombre de Dios que nos ha auxiliado en ella, venimos á colocar en las aras de la patria y de la ciencia, seguros de que todos cuantos aman de buena fe la verdadera ilustracion, han de aceptarla con la generosidad y la benevolencia con que siempre se recibe el trabajo de quien se propone, en cuanto puede, prestarlo á tiempo, con la buena voluntad y el deseo de ser útil.

FIN.

APENDICE

DE ALGUNAS

DISERTACIONES Y ARTICULOS

SOBRE LA HISTORIA YUCATECA

POR EL MISMO AUTOR.